

## DE UN SALTO A LA ALEGRÍA

Seudónimo: SAPAMOAR

Una vez abiertos los ojos siguió recostada en la cama. Boca arriba, con los brazos estirados uno a cada lado de su cuerpo, no lograba ver nada por la oscuridad que producían sus oscuras cortinas pese a que ya el sol estaba alto. Repasó lo que tenía para hacer en el día y no encontró nada interesante. Luego de desperezarse bajó de su cama. Caminó hacia el ventanal, corrió las gruesas cortinas, abrió la puerta de vidrio que da al balcón. De pie contempló desde la altura el paisaje iluminado por el sol radiante. Luego de un largo bostezo y estirar sus brazos en el aire, dijo en voz alta para sí misma que era un buen día y se lanzó.

Desde el instante en que la conocí trabamos una amistad poderosa. Fue en aquel cine al que yo acudía sagradamente todos los viernes y sábados atraída por la cartelera. Ella en cambio, prisionera del horario y de las labores de casa aun los fines de semana, había acudido solo aquella vez, aprovechando que su esposo había salido de la ciudad y no regresaba hasta muy tarde.

Siempre al teléfono o por watsapp me contaba historias que tenían algo de tristeza y de rutina. Aun así me importaba ella y me atraía su tono pausado y su voz suave. Me contó que había dejado atrás su vida en el sur arrancando de sus padres. Lo hizo en compañía de su pololo, del que no estaba enamorada, pero lo consideraba un buen hombre. Hablaba de sus periplos por diversas ciudades siempre siguiendo al ya su esposo, el que por su carácter, sus ambiciones políticas y económicas deambulaba de empleo en empleo, hasta afincarse finalmente en Santiago. Sin hijos a causa de la infertilidad y la negativa de adoptar de él. Ella no tenía un trabajo formal, su vida se había transformado en llevar las tareas de la casa y atender a su esposo y cuidar del árbol con nombre que ya a estas alturas ni recordaba cómo había llegado a la casa.

Diré que a ella le gustaban mis historias. Ninguna de ellas tenía algo de proeza, pero al parecer como yo las contaba ponían en su cabeza y en su corazón un mundo conocido sólo en las películas que solía ver en solitario en la televisión. Le hablaba de paisajes, de olores, de trenes que perdí o del que me bajé solo por el

hecho de que el nombre de un pueblo me pareció lindo. Le hablaba de los colores aun en días grises y tristes.

Me gustaba porque no inventaba historias para impresionarme. No era necesario. Ya lo hacía contándome de su vida triste y rutinaria. Cuando más el sobresalto de que la comida no estuviera lista para cuando su esposo regresara del trabajo o de los reclamos por no planchar la ropa como a él le gustaba o de su cabreo por tener que siempre recoger la ropa tirada y lavarla y plancharla mientras él veía la tele o revisaba su celular.

¡Si tan solo todo eso se compensara con paseos por la ciudad aunque fuera!, solía decirme al teléfono.

Pero nada de eso había. Apenas una salida a almorzar como cada domingo en el restaurante de siempre y casi siempre el mismo plato. Lo demás, años de encierro, de soledad, de poca risa. Años de sueños desvanecidos en el tiempo.

Yo no la impulsé a nada, juro que no fue así. Fue su decisión después del largo bostezo y estirar los brazos en el aire el lanzarse.

Y así lo hizo. En su última llamada telefónica me contó que había decidido lanzarse a vivir lo que le quedaba de vida como la quería y merecía. No quería perderse en el desvarío ni en las noches de locura, solo quería sentir que cada día ha valido la pena.

No supe más de ella. En ocasiones me la imagino sentada en alguna cafetería comiendo su postre favorito o caminando sin prisa por alguna calle iluminada o en su casa del sur recogiendo los recuerdos que allí aún se albergan. Lo único que se con certeza es que al cine en el que nos conocimos no ha regresado, por lo menos no un viernes o un sábado.